

TEMPLO HERMANA TERESA

"Hechos, no palabras"

15/08/2026



Bahía Blanca - Patricios 336
Punta Alta - 11 de septiembre 750
Bahía Blanca - Sede: Esq Av Colón y Av Arias

“Hechos, no palabras”

Querida comunidad:

Hoy queremos compartir una reflexión que nace de una frase sencilla que Carlos nos compartió, pero que encierra una enseñanza enorme:

“Que nos conozcan por lo que hacemos y por quién lo hacemos, no por lo que hablamos.”

Porque hablar es fácil. Decir que tenemos Fe es fácil. Decir que creemos en Dios, que amamos al prójimo, que queremos ayudar, que buscamos la paz, que defendemos la verdad y que deseamos el bien también puede ser fácil.

Lo difícil, y al mismo tiempo lo verdaderamente valioso, es vivir de acuerdo con esas palabras.

Porque llega un momento en el camino espiritual en el que las palabras tienen que convertirse en acciones. La Fe tiene que bajar del pensamiento a las manos. La esperanza tiene que salir del corazón para transformarse en compañía. El amor tiene que dejar de ser solamente un sentimiento para convertirse en ayuda, presencia, comprensión y servicio.

No necesitamos decir permanentemente quiénes somos.

Necesitamos demostrarlo.

Que nos conozcan porque estuvimos cuando alguien

necesitaba una mano.

Que nos conozcan porque acompañamos cuando otros se alejaron.

Que nos conozcan porque levantamos al que había caído.

Que nos conozcan porque llevamos una palabra de esperanza al que estaba perdiendo la suya.

Que nos conozcan porque no preguntamos qué íbamos a recibir antes de dar.

Y, fundamentalmente, que nos conozcan porque aquello que hacemos no lo hacemos para alimentar nuestro orgullo, sino porque sabemos por quién lo hacemos.

Lo hacemos por Dios y por nuestra Guía la Hermana Teresa,

Lo hacemos por esa Fe que vive dentro nuestro y que nos enseña que ninguna obra de amor es pequeña cuando nace de un alma sincera.

Hay personas que necesitan contar cada cosa buena que hacen. Necesitan mostrarla, explicarla, anunciarla. Y quizás muchas veces no exista mala intención en ello. Pero nosotros debemos intentar recorrer otro camino: permitir que nuestras acciones hablen antes que nuestras palabras.

Porque el bien verdadero no necesita hacer ruido.

Una mano que ayuda no necesita aplausos.

Un corazón que acompaña no necesita reconocimiento.

Una oración sincera no necesita espectadores.

La Fe auténtica no necesita escenario. Necesita verdad.

Necesita voluntad. Necesita perseverancia. Necesita obras.

**Porque podemos hablar durante horas sobre la solidaridad,
pero una pequeña ayuda concreta puede decir mucho más.**

**Podemos pronunciar grandes discursos sobre el amor, pero
sentarnos unos minutos al lado de quien está sufriendo puede
enseñar mucho más.**

**Podemos decir que tenemos esperanza, pero es cuando
atravesamos una dificultad sin abandonar nuestra Fe cuando
verdaderamente mostramos qué significa esperar en Dios.**

**Por eso, queridos hermanos, no tengamos tanta preocupación
por explicar quiénes somos.**

**Preocupémonos por vivir de tal manera que los demás
puedan descubrirlo.**

**Que alguien pueda mirarnos y decir: “Allí hay una persona
que cree”.**

No porque llevemos un cartel.

No porque lo repitamos constantemente.

Sino porque nuestra manera de actuar lo demuestra.

**Porque creer en Dios también significa intentar ser mejores
seres humanos.**

Significa aprender a perdonar. Significa aprender a escuchar.

Significa controlar nuestras palabras cuando pueden lastimar. Significa ayudar sin humillar al que recibe ayuda. Significa tender la mano sin preguntar primero de dónde viene quien la necesita. Significa comprender que todos estamos librando alguna batalla que los demás quizás desconocen.

Y significa también levantarnos cada vez que nosotros mismos caemos.

Porque hacer el bien no significa ser perfectos.

Tener Fe no significa no equivocarnos.

Ser espirituales no significa no atravesar momentos de enojo, tristeza, cansancio o incertidumbre.

Significa que, aun siendo imperfectos, elegimos todos los días volver a intentarlo.

Y Dios conoce nuestros intentos.

Conoce nuestras luchas silenciosas.

Conoce las veces que ayudamos y nadie se enteró.

Conoce las lágrimas que secamos sin fotografías.

Conoce las palabras que pronunciamos al oído de alguien desesperado.

Conoce cada oración que elevamos por una persona que estaba sufriendo.

Conoce nuestras caídas y también conoce nuestra voluntad

de volver a levantarnos.

Por eso no necesitamos vivir buscando reconocimiento humano.

Hay obras que quizás nunca sean agradecidas en este plano.

Hay esfuerzos que quizás nadie comprenda.

Hay sacrificios que probablemente nunca reciban un aplauso.

Pero si fueron realizados con amor, con Fe y con una intención limpia, entonces nunca fueron inútiles.

Porque Dios mira aquello que muchas veces el mundo no mira.

El mundo suele mirar los resultados.

Dios también mira la intención.

El mundo pregunta cuánto conseguimos.

Dios sabe cuánto entregamos.

El mundo muchas veces mide lo visible.

Dios conoce aquello que ocurrió dentro del corazón.

Y allí aparece la segunda parte de esta reflexión: por quién hacemos lo que hacemos.

Porque cuando sabemos por quién caminamos, las dificultades cambian de tamaño.

Cuando hacemos las cosas solamente esperando reconocimiento, cualquier falta de agradecimiento nos

lastima. Pero cuando hacemos las cosas por Dios, entendemos que nuestra recompensa no siempre será un aplauso.

Nuestra recompensa puede ser la paz de haber hecho lo correcto.

La tranquilidad de haber ayudado.

La satisfacción de haber acompañado.

La certeza de haber sembrado una pequeña semilla de esperanza.

Quizás nunca sepamos hasta dónde llegó una buena acción.

Una palabra puede salvar un día. Un abrazo puede aliviar una tristeza. Una ayuda puede cambiar una situación. Una oración puede sostener a alguien que siente que ya no puede continuar.

Por eso nunca subestimemos el poder de nuestras acciones.

Somos instrumentos. Somos manos. Somos voces. Somos corazones. Somos templos vivos capaces de llevar la Fe allí donde la vida nos coloque.

Y eso significa que el verdadero Templo también camina con nosotros.

Está cuando ayudamos. Está cuando escuchamos. Está cuando consolamos. Está cuando oramos. Está cuando elegimos la paz en lugar de la pelea.

Está cuando respondemos al mal sin convertirnos nosotros también en parte del mal. Está cuando frente a la oscuridad

decidimos encender nuestra pequeña luz.

Quizás nuestra luz no ilumine todo el camino. Pero puede iluminar el próximo paso.

Y muchas veces eso es suficiente.

Un paso. Después otro. Y después otro.

Así se construye una vida. Así se demuestra la Fe.

No mediante grandes declaraciones, sino mediante pequeñas acciones repetidas con amor.

Querida comunidad:

Tenemos que procurar que nuestro paso por este mundo deje huellas y no solamente palabras.

Que cuando alguien recuerde nuestro nombre, recuerde una mano extendida.

Que recuerde una puerta abierta.

Que recuerde una oración.

Que recuerde compañía.

Que recuerde esperanza.

Que recuerde que cuando necesitó fuerzas encontró a alguien dispuesto a caminar a su lado.

Porque al final, las palabras se las lleva el tiempo, pero las acciones quedan guardadas en el alma de quienes las recibieron.

No necesitamos convencer a nadie de nuestra Fe. Vivámosla.

No necesitamos proclamar permanentemente que creemos en Dios. Demostrémoslo en nuestra manera de tratar a los demás.

No necesitamos explicar cuánto amor tenemos. Entreguémoslo.

No necesitamos hablar tanto de esperanza. Ayudemos a alguien a recuperarla.

No necesitamos decir que somos luz. Iluminemos.

Y cuando aparezcan las dificultades, cuando sintamos cansancio, cuando parezca que nuestros esfuerzos no son reconocidos, recordemos por quién hacemos lo que hacemos.

No lo hacemos solamente por nosotros. No lo hacemos por una felicitación. No lo hacemos para ocupar un lugar. No lo hacemos para que nuestro nombre sea más grande.

Lo hacemos porque nuestra Fe nos llama. Lo hacemos porque creemos. Lo hacemos porque sabemos que este mundo necesita menos personas hablando del bien y más personas practicándolo.

Necesita menos promesas y más compromiso. Menos palabras vacías y más manos dispuestas. Menos apariencia y más verdad.

Y nosotros podemos aportar nuestra parte.

Tal vez pequeña. Tal vez silenciosa. Pero profundamente valiosa.

Que nuestras palabras sean buenas, sí. Pero que nuestras acciones sean todavía mejores.

Que nuestras palabras hablen de Fe, pero que nuestra vida la confirme.

Que nuestras palabras hablen de esperanza, pero que nuestras manos ayuden a levantar.

Que nuestras palabras hablen de amor, pero que nuestro corazón sepa compartirlo.

Y entonces no tendremos que preocuparnos demasiado por explicar quiénes somos.

Porque nuestras obras hablarán por nosotros.

Que nos conozcan por lo que hacemos.

Que nos recuerden por el bien que intentamos sembrar.

Que nos reconozcan por la esperanza que llevamos.

Y, sobre todas las cosas, que nunca olvidemos por quién lo hacemos.

Lo hacemos por Dios y por nuestra Guía la Hermana Teresa

Lo hacemos por nuestra Fe.

Lo hacemos por nuestros hermanos.

Lo hacemos porque creemos que aun en los momentos más difíciles siempre existe una posibilidad de volver a empezar.

Sigamos caminando. Sigamos ayudando. Sigamos creyendo.

Sigamos sembrando.

Aunque nadie mire. Aunque nadie aplauda. Aunque nadie lo sepa.

Porque cuando una obra nace verdaderamente del amor, no necesita espectadores. Necesita solamente un alma dispuesta.

Y que al terminar cada jornada podamos mirar hacia nuestro interior y sentir la paz de saber:

Hoy no solamente hablé de mi Fe. Hoy intenté vivirla. Porque la Fe que se convierte en obras es la Fe que deja huellas.

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe

